

Más allá de eventos coyunturales. La migración México-Estados Unidos: un fenómeno de larga duración

Beyond short-term events. The Mexico-US migration as a long-term phenomenon

Eduardo Fernández Guzmán*

RESUMEN

Para entender la dimensión del fenómeno migratorio, justo es tener una visión y un panorámico conocimiento histórico de los movimientos de población en general y de las migraciones humanas en particular. El historiador tradicional limita su análisis al acontecimiento o biografías de grandes personalidades, es decir, al tiempo breve de la historia. Más allá de los sucesos que corren a pasos acelerados, están las realidades que cambian lentamente, es decir, el nivel de la larga duración -la migración es una de ellas. La coyuntura de crisis económica y contención fronteriza en Estados Unidos convenció a muchos de que se está en la antesala del fin de la era de la migración México-Estados Unidos. Nada más falso. Este artículo tiene como objetivo explicar, a través de un análisis histórico, que este fenómeno seguirá activo ya que siguen vigentes estructuras de larga duración como lo son las condiciones de agencia, cultura y tradición migratoria, disparidad económica y de salarios, la necesidad de mano de obra barata, entre otras.

ABSTRACT

In order to understand the scope of the migration phenomenon, it is only reasonable to have a panoramic view and historical knowledge regarding population movements in general and human migrations in particular. Traditional historians have limited their analysis to events or biographies of great personalities, which have occurred in brief moments in history. Beyond the events that move at an accelerated rate are certain realities that are slowly changing. Such is the case of long-term, migration. Situations regarding economic crisis and United States (US) border control have convinced many that we are on the verge of the end of the US-Mexico migration era. It is false. Through historical analysis, this article aims to explain that this phenomenon is still active because conditions of agency, culture and migration traditions, economic disparity and wages, the need for manual cheap labor, among other long-term structures are still valid.

INTRODUCCIÓN

Dice David Lowenthal que “nosotros ensanchamos nuestro sentido de lo contemporáneo a costa de darnos cuenta de su conexión con el pasado” (Braudel, 1999; Burke, 1996, 2000; Dosse, 1988; Le Goff, 1997; Lowenthal, 1988; Mc Leman, 2011; Walsham, 2010). En ese sentido historiográfico, tanto Peter Burke (1996) como François Dosse (1988) han dicho que la Escuela Francesa de los *Annales* ofrece el más sostenido ejemplo de fructífera interacción entre la historia y las Ciencias Sociales del siglo xx. Esta escuela ha diseminado las fronteras del historiador a lugares inéditos inexplorados por los historiadores tradicionales, esto es gracias al descubrimiento de nuevas fuentes y el desarrollo de novedosos métodos para abordarlos, fruto del acercamiento interdisciplinario. Tal fortalecimiento demuestra que es posible enriquecerse con los métodos de las Ciencias Sociales sin aplicar mecánicamente los procedimientos y así conservar el objetivo de la historia de la síntesis, la vinculación de los diversos niveles de lo real y una dialéctica entre los tiempos cortos y largos. Es decir, una de las innovaciones esenciales de *Annales* consiste en deslindarse de la concepción centrada

Recibido: 24 de julio de 2012
Aceptado: 12 de septiembre de 2012

Palabras clave:
Estados Unidos; historia; larga duración;
México; migración.

Keywords:
United States; history; long duration; Mexico; migration.

*Departamento de Estudios Culturales, Demográficos y Políticos. División de Ciencias Sociales y Administrativas. Campus Celaya-Salvatierra. Universidad de Guanajuato. Tel.: (461) 5985922. Correo electrónico: kutibirin10@gmail.com

exclusivamente en el pasado del discurso histórico, poniendo en conexión pasado y presente al concebir una historia que tiene como eje no solo el pasado, sino también la sociedad contemporánea.

Jacques Le Goff (1997) afirma que en el diálogo con otras disciplinas sociales, los historiadores ubican perfectamente las diferentes duraciones históricas. Además de un marcado interés por los acontecimientos, les atrae la perspectiva de la larga duración. Debido a que la historia sigue ritmos diferentes, la función del historiador es reconocer esos ritmos. Más allá de los sucesos que corren a pasos acelerados están las realidades que cambian lentamente, es decir, aquéllas ubicadas en el nivel de la larga duración (estructuras como la geografía, la cultura material, mentalidad, etcétera).

Esta idea está sustentada por Fernand Braudel (1999), quien expone que el historiador tradicional limita su análisis al acontecimiento o a las biografías de grandes personalidades, esto es, al tiempo breve de la historia (historia episódica y coyuntural, o de corta y mediana duración). Pero hay sin duda fenómenos de larga duración, que son los más importantes: el desplazamiento de los montañeses a las poblaciones de la planicie próxima, la trashumancia o el sedentarismo de unas y otras cabañas de ganaderos, determinadas coacciones espirituales, entre otros. De ahí que exhortara a los historiadores a que aprendieran y enseñaran sobre la larga duración (historia estructural) que encausa siglos enteros y se encuentra en el límite de lo móvil y de lo inmóvil -que vincula el pasado al presente. Lo anterior, visto desde esta perspectiva, puesto que el pasado penetra en el presente; es decir, la historia es una dialéctica de la duración, es el estudio de lo social tanto del pasado como del presente -ambos inseparables.

Paralelo a ese razonamiento, llama igualmente la atención el gesto crítico de Jacques Le Goff (Braudel, 1999; Burke, 2000; Castles, 2006; Castles & Miller, 2009; CONAPO, 2010; International Organization for Migration [IOM], 2012; Le Goff, 1997; Mc Leman, 2011; Rystad, 1992; Walsham, 2010), cuando invita a observar los hechos del pasado en sus diferentes realidades históricas. Junto a la historia política, económica y social existen otras vetas subsumidas en las dimensiones culturales igual de importantes para descubrir, a saber, la historia de las representaciones, las mentalidades, lo imaginario, la historia de las conductas, de los rituales, los mitos y lo simbólico. No obstante, hay que cuidarse, -aconseja Le Goff- de no cometer la indiscreción de querer subordinar la realidad histórica a estas consideraciones socio-culturales, o tratar de ponderarlas como causas primarias o

motores de la historia. Una explicación equilibrada de la historia reconoce lo simbólico, pero también confronta las representaciones históricas con las realidades que representa y que el historiador toma de otros documentos y métodos.

Lo histórico parte de su presente para plantear preguntas al pasado. Si se pretende entender el fenómeno migratorio actual y venidero, se tiene que concebir como un fenómeno de larga duración, o lo que es lo mismo, llevar implícitas varias estructuras de dimensiones de largo aliento. Las coyunturas económicas y políticas que aceleran o frenan los desplazamientos no anulan la tendencia histórica a moverse a otras geografías en la búsqueda de opciones y alternativas de sobrevivencia. Siempre ha habido y habrá (cuando menos en los años próximos) asimetrías de poder y desarrollo, conflictos bélicos y persecuciones de índole racial, cultural, religiosa y política, desastres naturales, veleidades climáticas, terremotos, huracanes, agotamiento de recursos naturales (Mc Leman, 2011; Walsham, 2010), así como el afán subjetivo de conocer nuevos escenarios y locaciones. Ello significa que si se quiere sacar provecho de la cualidad sintética de la historia, se deben tener en cuenta las diferentes duraciones y estructuras en su diálogo y vínculo permanente. Es preciso tener entonces cuidado del tiempo breve y relato precipitado, ya que Fernand Braudel al respecto afirmaba que el acontecimiento explosivo y de coyuntura (corta duración) echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos. De manera similar reflexiona Peter Burke (2000) cuando aconseja rebasar el espíritu parroquial del tiempo, que pretende hacer generalizaciones de la sociedad a partir de la experiencia contemporánea y habla del cambio social sin tomar en cuenta los procesos de largo alcance. Y no está por demás decir que en la actualidad hay muchos cantos de sirena que advierten que la migración a “la gabacho” (Estados Unidos) está feneciendo. La migración internacional, considera Goran Rystad (1992), debe ser comprendida como un fenómeno permanente más que como un movimiento temporal. Tal como todo tipo de historia, la historia de la migración tiene un gran significado para entender su presente y el posible futuro. Para Le Goff (1997), el interés del pasado reside en aclarar el presente; el pasado se alcanza a partir del presente (método regresivo de Bloch). A la vista de ello, la importancia de la migración en la actualidad tiene en sus raíces históricas el contenido de su continuidad.

El objetivo de este trabajo es intentar, a través del método regresivo, explicar con un somero análisis histórico que la migración en general, pero especialmente

la migración México-Estados Unidos, está alimentada por estructuras de larga duración que son muy difíciles de revertir por oscilaciones cíclicas y caprichos eventuales. Para ello, se hará un breve repaso histórico con el intento explícito de manifestar que la migración entre estos dos países es un fenómeno “viejiito y que se mantiene coleando”.

Migración contemporánea

Muchos de los descubrimientos teóricos y empíricos actuales enfatizan no únicamente los cambios acaecidos, sino que se enfocan también en la gran complejidad que ha adoptado el proceso migratorio actual. La migración internacional es parte de una revolución transnacional que está reconformando las sociedades y la política en todo el mundo. Así se tiene que los esquemas migratorios de larga duración sobreviven con nuevas modalidades, que surgen como consecuencia del cambio económico, las luchas políticas, los conflictos violentos, los cambios climáticos y la degradación del medio ambiente.

Para Castles & Miller (2004), una de las características que definen la etapa posterior a la Guerra Fría, ha sido la importancia creciente de la migración internacional en todas las regiones del mundo. Entre sus particulares más notorias están el crecimiento de los flujos entre fronteras de diversos tipos (lo cual incluye la inversión, el comercio, los productos culturales, las ideas y las personas) y la proliferación de redes transnacionales con nodos de control en múltiples localidades. Asimismo, enfatizan que mientras los movimientos de personas a través de las fronteras han dado forma a estados y sociedades desde tiempos inmemoriales, lo que es distinto en años recientes es su alcance global, su carácter central para la política doméstica e internacional y sus enormes consecuencias económicas y sociales.

Con estos elementos, Castles (2006) nos invita a reflexionar sobre las migraciones contemporáneas. En primer lugar, para él, deben analizarse dentro del contexto de una visión de amplio espectro en el marco de la migración como *proceso social*, que bien puede contener tres ejes fundamentales de análisis: la importancia de la agencia migratoria (cultura y tradición migrante), la naturaleza autosostenible de los procesos migratorios (redes sociales) y la dependencia estructural tanto de los países emisores como receptores de los procesos migratorios que se han establecido. En segundo lugar, las asimetrías Norte-Sur en esta etapa de globalización se han ensanchado (como lo han hecho también las redes), por lo que cualquier política de contención estrecha fracasará para frenar

los flujos. En tercer lugar, y siguiendo con el presupuesto anterior, dichas políticas tienden a fracasar ya que los procesos migratorios son de largo plazo, mientras que las políticas migratorias son de corto plazo y coyunturales a épocas electorales.

Es innegable la importancia del fenómeno de la migración a nivel mundial. Según cifras de la IOM (2012) y del Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2010), en 1965 se reportaron 65 millones de migrantes internacionales, aumentando significativamente a 105 millones para el año de 1985 y a 214 millones (3.1% de la población mundial) para el año 2010. Si se juntara a todos los trotamundos en un solo país, su población constituiría el 5.º país más poblado del planeta, con un 49% de mujeres. Existen también una cantidad considerable de desplazados internos en el mundo (27.5 millones) en 2010 (casi 5 veces más que los 6 millones que se reportaron en el año 2000) y 15.4 millones de refugiados.

Estados Unidos sigue siendo el país con mayor recepción de inmigrantes. Para el año 2010, este país alcanzó los 310 millones de habitantes (de los cuales 42 millones eran inmigrantes). Lo anterior significa que este grupo constituye el 13.8% del total de la población de esa nación, y el 20% de los migrantes a nivel mundial (muy por encima de Rusia, segundo lugar, que capta el 5.7% de los migrantes internacionales) (CONAPO, 2012).

En las últimas décadas, el patrón migratorio proverbial México-Estados Unidos ha tenido cambios en cuanto a su magnitud, intensidad, modalidades y características, sellando con ello un nuevo ciclo en este fenómeno (Borjas & Katz, 2005). Así lo atestiguan los estudiosos del fenómeno migratorio a Estados Unidos que coinciden en señalar, que las características de este nuevo panorama difieren de manera muy notable con las registradas en periodos anteriores (Albo & Ordaz, 2001; Arizpe, 2007; Ávila, 2006; Delgado & Márquez, 2007; Escobar, 2007; Faist & Gerdes, 2006; Homeland Security, 2011; Roberts & Hamilton, 2007; Schultz, 2011; Zenteno, 2007; Zúñiga & Leite, 2006). Las repercusiones en el ámbito sociocultural no son menos significativas, destacando entre ellas la expansión de las organizaciones transnacionales, los cambios en las prácticas comunitarias y las tensiones en los procesos de identidad y socialización de las nuevas generaciones (Ariza & Portes, 2007).

Y no es para menos. México es el principal país exportador de recursos humanos en el mundo: el 98% de sus migrantes residen en Estados Unidos. La cantidad de mexicanos en la Unión Americana pasó de 800 mil en

1970, 8.7 millones en 2000, a 11.9 millones en 2010 [10.62% de los 112 millones de habitantes en México que reportó el Censo de Población y Vivienda del Instituto Nacional de Estadística y Geografía –INEGI– 2010 (INEGI, 2012)], con un flujo migratorio menos dinámico en la segunda mitad de ese periodo, observándose en 2008 un flujo negativo en 326 mil personas¹, pero siendo positivo en 2009 y 2010 (Cervantes, 2011). Si a esa cifra se le suma la población de origen mexicano, su monto aumenta a poco más de 33 millones para 2010; 21.2 millones nacieron en Estados Unidos (11.2 millones de segunda generación y 9.9 millones de tercera generación). Estas cifras ubican a México como el país con mayor inmigración en Estados Unidos por encima de grandes regiones del mundo como Asia, Europa y el resto de América Latina. Actualmente, el 4% de la población total de Estados Unidos son mexicanos y alrededor del 30% de la población migrante (CONAPO, 2010). Está claro con esto, afirman Borjas & Katz (2005), que los inmigrantes mexicanos en estos últimos años no tiene precedentes históricos: es numérica y proporcionalmente el más grande grupo de inmigrantes a lo largo del siglo xx en Estados Unidos.

Nada despreciable es la suma de dinero que fluyó en términos de remesas a lo largo del tiempo y que permanece actualmente, a pesar de la problemática económica muy sentida en los últimos años. En 2010, según datos de la IOM (2012), el monto de remesas se estima en 440 mil millones de dólares a nivel mundial, muy por encima de 132 mil millones de dólares que circularon en el año 2000. Los principales países beneficiados para el 2010 fueron India, China, México y Filipinas. Los países ricos son la principal fuente de remesas, y Estados Unidos lidera este renglón ya que registró 48 300 millones de dólares en el 2009. Es decir, tomando los datos del BBVA/Research (2012), el crecimiento de las remesas en el mundo entre 1990 y 2010 tuvo un incremento de 6.4 veces -muy por encima del 1.4 veces que experimentó en crecimiento de los migrantes internacionales en el mismo periodo.

Para Cervantes (2011), el ingreso de México por concepto de remesas, aunque modesto en relación al tamaño de la economía mexicana (equivalente en 2010 a 2.1% del Producto Interno Bruto –PIB–), ha sido significativo en su magnitud absoluta y muy positivo para paliar los niveles de pobreza para millones de familias receptoras. Estos recursos del exterior han permitido que dichas familias tengan mejores niveles de bienestar y acceso al consumo, educación, salud, vivienda y, una parte de ellas, a los negocios familiares. Así se

tiene que la evolución del ingreso por remesas familiares ha tenido un crecimiento muy acelerado en los últimos años. En 1999, fueron de los 5.9 miles de millones de dólares, llegando al 2007 a un poco más de los 26 miles de millones de dólares, pero descendiendo a los 21.2 miles de millones de dólares para el 2010.

Es preciso dar un breve repaso de la historia de la migración México-Estados Unidos para entender cómo logró constituirse en el sistema migratorio más dinámico y nutrido en la actualidad. Para ello, se considera importante hacer una rápida revisión de la migración a través de la historia y de los movimientos de inmigración a Estados Unidos.

Los movimientos migratorios a través de la historia

La historia de la humanidad ha sido una historia de migración. Los primeros hombres fueron cazadores y recolectores que iban de un lugar a otro en busca de alimentos; el proceso permaneció aún después de establecer residencia. Así, ciertos grupos tuvieron la fortuna de asentarse en áreas ricas en recursos naturales; otros menos afortunados terminaron huyendo de la miseria o de las catástrofes naturales (Rystad, 2000). Incluso es conocido que el *Homo sapiens* migra de África Oriental aproximadamente hace 150 mil años: diferentes olas llegaron a Europa, Asia, América y muchos países africanos, de tal suerte que todos los continentes fueron ocupados (Brissaud & Charlie, 2012).

Las migraciones de gran parte de la historia se han caracterizado por la falta de voluntariedad de los desplazados. Antes de la industrialización predominaron los desplazamientos forzados debido a las condiciones desfavorables del hábitat (adversidades climatológicas, eventos geológicos, pestes, enfermedades periódicas, sequías, hambrunas, entre otras) o como resultado de invasiones, conquistas, colonizaciones y expulsiones colectivas. Ya en la antigüedad se encuentran imperios expansionistas como lo de los asirios, persas y egipcios. La Grecia clásica y, sobre todo, el Imperio romano continuaron la larga historia de la expansión territorial, seguida por los invasores germánicos tras la caída de éste último en el siglo v. También las conquistas religiosas tuvieron efectos movilizados sobre las poblaciones; tal es el caso de la expansión del Islam entre los siglos vii y x que motivó el desplazamiento de grandes contingentes humanos desde África a Europa, o de las cruzadas entre los siglos xi y xiv que tuvieron como consecuencia la implantación de la cultura europea en territorios orientales como Grecia, Bizancio, Siria o Palestina.

¹ El Pew Hispanic Center (PHC) (2012) establece que al parecer los factores que detuvieron y retrocedieron el flujo migratorio de mexicanos a "la gabacho" fueron: el debilitamiento del mercado laboral y, muy en especial, el de la construcción de viviendas en Estados Unidos; la contención fronteriza y el mayor peligro, por ende, para el cruce indocumentado; el aumento de la deportaciones de mexicanos; la disminución a largo plazo de las tasas de natalidad de México y más amplias condiciones económicas en México. Es posible, según el PHC, que la inmigración de mexicanos se reanude cuando se recupere la economía de Estados Unidos.

Por su parte, los indios americanos llegaron a este continente procedentes de Asia hace algunos miles de años y sus culturas fueron alteradas de manera radical por arribo de continuas y múltiples oleadas de europeos en el ocaso del siglo xv (Alba, 2001). El descubrimiento del Nuevo mundo generó, a partir del siglo xiv, un importantísimo traslado de población desde la Europa Occidental hasta el continente americano (Lemus, 1992) y Australia principalmente. Durante el siglo xvii se inició una etapa colonizadora de pueblos africanos, asiáticos y sudamericanos, cuyas consecuencias se han mantenido hasta bien entrado el siglo xx. Al asentamiento inicial de colonos europeos se sumará durante los siglos xvii y xix el desplazamiento forzoso de esclavos de raza negra.

Con la aparición de las primeras manifestaciones del capitalismo (lo que Marx llamó "acumulación originaria") se cristalizará un proceso fundamentalmente desigual en el que la extensión de la economía mundial a nivel internacional se irá instalando en espacios sociales y demográficamente heterogéneos. A partir de ello, la posibilidad y permanencia de la migración se sustenta en esta disparidad. Así se tiene que el capitalismo tiene como característica haberse desarrollado de manera muy desigual y asimétrica en el conjunto de los países en los que se fue instalando. Este proceso ha dado lugar a la conformación de una economía mundial en la que se articulan regiones desarrolladas y regiones subdesarrolladas, y que tienen como eje de vinculación la desigualdad y subordinación económica (Wallerstein, 1974).

Para Charles Tilly (Rystad, 1992), existen factores que han sido decisivos en el curso a largo plazo de la migración durante los últimos cinco siglos: los cambios en la distribución geográfica de las oportunidades de empleo, desequilibrios demográficos, alteraciones del diferencial regional de crecimiento natural, acciones y políticas de los estado-nación, guerras, expulsión o relocalización de grupos étnicos específicos y control de la migración.

Estados Unidos país de inmigración

Según Cebula y Clark (2011), la historia económica de Estados Unidos comenzó con la inmigración de personas, principalmente de Europa, en busca de libertad (entre ellas, la libertad religiosa). Tan importante ha sido este fenómeno para Estados Unidos que algunos autores consideran que la inmigración no es simplemente una parte de la historia estadounidense, sino más bien una parte fundamental del carácter dinámico e identidad de ese país (Hirschman, 2005). En 1630 empezó la Gran migración, el éxodo hacia las costas de Massachussets. El grupo de calvinistas que llegó a Nueva Inglaterra fue el grupo más influyente en la formación de Estados Unidos.

La sociedad colonial del siglo xvii fue moldeada básicamente por las características demográficas que surgieron de las condiciones de la inmigración. De 250 mil personas que había en el año de 1700, la población de las colonias pasó a 2 millones y medio para 1776. Es decir, en este lapso de tiempo la población creció diez veces, a un ritmo anual de entre 3% y 4%, teniendo como causa central los casamientos a temprana edad, la mayor longevidad y el menor porcentaje de decesos (Menard, 1003). La segunda fuente de crecimiento poblacional fue la inmigración. Antes del siglo xviii, la mayoría de los inmigrantes eran ingleses; después llegaron de otros países europeos. Los alemanes fueron el primer gran grupo que llegó a las colonias en ese siglo. A pesar de la aportación material, la inmigración en masa de alemanes suscitó preocupación entre los colonos (Jones, 1996). Para mediados del siglo xviii, la mayoría de los gobiernos coloniales dictaron leyes para tratar de regular la inmigración, con la idea de que la gente llegara sana y bien alimentada. Desde el principio de su historia, los estadounidenses alternaron su conducta entre hospitalidad y desconfianza acerca de los recién llegados (Moyano, 2006).

La inmigración irlandesa de las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo xix puede considerarse como la primera que influye masivamente en el desarrollo incipiente de la industria y del transporte en Estados Unidos. La movilización irlandesa tuvo como eje primario la presión económica: el aumento de la población coincidió con la transformación del antiguo orden agrícola. Irlanda era el país más densamente poblado de Europa, con un sistema de tierras injusto que mantenía a la masa campesina en los límites de la subsistencia.

En esa época aparece una situación paradójica que acabaría por caracterizar el fenómeno de la inmigración masiva a Estados Unidos hasta nuestros días: por una parte, el inmigrante es bien recibido como mano de obra barata y, por otra, es discriminado socialmente por los miembros nativos de una sociedad en donde el inmigrante se ve obligado a ocupar una posición de inferioridad. Después de la inmigración de irlandeses, hacia el final de la década de 1840, los alemanes empezaron a llegar masivamente a Estados Unidos. Al igual que los irlandeses, fueron socialmente declarados indeseables. Al mismo tiempo que se les daba la bienvenida como mano de obra barata, se les destinaba a ocupar empleos mal retribuidos. Los grupos "nativistas" proliferaron² y desataron campañas en contra de los alemanes inmigrados acusándolos de corromper la vida social de Estados Unidos.

Orígenes y evolución de la migración México-Estados Unidos

Como bien se sabe, producto de una intervención militar, el 14 de septiembre de 1847 fue izada la bandera

² Entre ellas los Hijos del 76, los Druidas y los Hijos de Norteamérica a principios del decenio de 1850. Casi todas se unieron para formar una organización nacional: la llamada "Orden de la Bandera de las Barras y las Estrellas". Sus propósitos eran defender el protestantismo contra el catolicismo, restringir la inmigración, aumentar el número de años requeridos para la naturalización y privar a sus nuevos compatriotas del derecho a votar (Suárez, 2006).

de Estados Unidos en el Palacio Nacional de México. Y para el 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado Guadalupe Hidalgo por el que México tuvo que ceder al vencedor más de la mitad del suelo mexicano. A partir de 1848, aproximadamente 75 mil mexicanos se convirtieron, por obra del tratado, en ciudadanos —al menos formalmente— de Estados Unidos³. Esta comunidad, aunque dispersa, pequeña y sin ser del todo cultural y políticamente homogénea, se convirtió desde el año de la anexión en el manto protector de la población nacida en México que seguiría dirigiéndose al “norte”. Ya para el año de 1880 la población de origen mexicano en Estados Unidos fue de 290 mil, para 1900 fue poco más de 400 mil; recién iniciada la fase revolucionaria se elevó a 638 mil y para finales de esta década turbulenta en el vecino país del norte había 999 mil personas mexicanas (Gutmann, McCaa, Gutiérrez Montes & Gratton, 2000).

La anexión territorial le proporcionó a Estados Unidos inmensos territorios con riquezas naturales casi inexploradas. A raíz de ello, se inició en esos espacios un vigoroso proceso de colonización y pacificación (por medio del exterminio de la población indígena) que en unas cuantas décadas creó un polo de desarrollo en el suroeste estadounidense, predominantemente en la costa californiana.

Las necesidades fundamentales de grandes cantidades de mano obra barata fueron inherentes al crecimiento agrícola, ganadero, minero, industrial de esta vasta zona. Entre 1850 y 1880, inmigraron ilegalmente casi 229 mil ciudadanos chinos que fueron sometidos a las peores situaciones de trabajo y en la escala de salarios más baja. En 1882, el racismo y la xenofobia de los angloamericanos presionaron para que se emitiera la Ley de Exclusión de Chinos, modificando la política de Estados Unidos —que hasta entonces fue de puertas abiertas a la inmigración de trabajadores—. Los trabajadores chinos fueron sustituidos por la fuerza de trabajo japonesa que es igualmente explotada que su predecesora, y que también fue expulsada a inicios del siglo xx. Los filipinos fue la masa que los suplió y hasta inicios de la década de 1920 fueron el contingente más importante de mano de obra extranjera. A partir de entonces el mexicano tomó ese lugar.

Para Durand, Massey y Zenteno (2003), la migración a gran escala de mexicanos a Estados Unidos empezó alrededor de 1900 cuando el ferrocarril penetró al interior de México y se conectó al sistema ferroviario al norte de la frontera. De todos los migrantes, cerca de un tercio eran de Jalisco, Michoacán y Guanajuato: región (centro-occidente) que quedó expuesta

al mayor tráfico ferrocarrilero y donde se pagaban los peores sueldos del país en ese momento (Durand & Arias, 2005). Con esto, el proceso de formación de regiones de origen y destino de la migración mexicana a Estados Unidos empezó en esos años. El proceso evolucionó de un fenómeno netamente regional hasta convertirse, en las últimas décadas, en un fenómeno de dimensiones nacionales, tanto en el país de origen como en el de recepción (Durand, 2007).

Las regiones de origen se forman históricamente a raíz de un reclutamiento inicial de trabajadores migrantes y después se afianzan con las redes sociales, familiares, comunitarias, étnicas y regionales. Por su parte, las comarcas de destino se construyen por motivos de la demanda concreta de mano de obra para determinada actividad laboral. Después de esto, se forjan procesos de concentración de población dispersa en zonas específicas hasta que se crean barrios o comunidades co-étnicas que se consolidan, con la llegada de novicios trotamundos atraídos, por sus redes de relaciones (Durand, 2007).

A inicios del siglo xx, el poder industrial de Estados Unidos lo situaba, junto con Inglaterra y Alemania, como una de las tres potencias líderes en el orbe. Para 1900, Estados Unidos, además de ser un imperio continental con industrias y ciudades tan grandes y poderosas como las europeas, era una tierra habitada principalmente por inmigrantes. La denominada “nueva inmigración” llevó a Estados Unidos una gran variedad de individuos no tan frecuentes en sus geografías hasta entonces: polacos, checos y húngaros, finlandeses, ucranianos, croatas, eslovenos; rutenios (judíos del este de Europa), portugueses, italianos y griegos; turcos, armenios, sirios y libaneses; chinos, japoneses y filipinos. Por tierra llegaron los canadienses y mexicanos (estos últimos para constituirse en el principal contingente de inmigrantes en Estados Unidos en estas primeras décadas del siglo xx).

Las razones que atraían eran tan poderosas como las que expulsaban. Estados Unidos se consolidó a finales del siglo xix como la economía más dinámica del mundo. Del lado mexicano varios factores propiciaron la movilidad extranjera: las difíciles condiciones de vida en los años finales del porfiriato, la huida frente a las políticas de leva, la convulsión revolucionaria. Aunque, aunado a esto, es relevante el papel de los transportes y las comunicaciones (como el ferrocarril y el telégrafo, que coadyuvaron a mitigar el costo psicológico de la ausencia) y los giros telegráficos que permitieron hacer llegar a México las remesas que tanta falta hacían para la sobrevivencia (Durand & Arias, 2005).

³ Vale mencionar un dato que generalmente se omite en este proceso: junto con ellos quedaron bajo el dominio estadounidense unos 200 mil individuos de diversas tribus indígenas (Suárez, 2006).

De este modo, se tiene que a esta etapa se conoce como la “fase del enganche” (1900-1920) que arrancó con el siglo, en pleno esplendor del Porfiriato, y se caracterizó por la concatenación de tres elementos que impulsaron y desarrollaron el proceso: a) el sistema de contratación de mano de obra, privado y semiforzado -conocido como “el enganche”; b) la revolución mexicana y su estela de miles de refugiados; c) el ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial que limitó el ingreso de nuevos inmigrantes europeos y demandó, de forma urgente, mano de obra de México (Durand, 2000).

Las migraciones intercontinentales en todo el mundo, entre 1800 y 1924, contabilizaron un total aproximado de 60 millones de individuos, de los cuales más de la mitad fueron a Estados Unidos (Herrera, 2006). Llegada la década de los veinte, en este país estaban alarmados por el incremento de la inmigración (14 millones entre 1900 y 1920), y temían que después de la guerra aumentara el número de aspirantes a la ciudadanía. Esta preocupación, aunada a los efectos de la recesión -principalmente el desempleo que se dejó sentir en 1921-, dieron la victoria a los grupos que estaban a favor de cerrar las fronteras del país. Se aprobó entonces la Ley Migratoria de Emergencia de 1921, en la que -contra las expectativas generales- no se incluyó a México en las restricciones impuestas por esta medida jurídica (Fonseca & Moreno, 1984).

De tal manera, en la década de los veinte comenzaron las deportaciones masivas. Ahora bien, la tendencia de una mayor ocupación de los trabajadores inmigrantes mexicanos se vio frenada por las depresiones que sufrió la economía estadounidense en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial -que tuvo como consecuencia la deportación de cerca de 150 mil trabajadores agrícolas en 1921. Es también para 1924 que se crea la Patrulla Fronteriza por consenso del Congreso de Estados Unidos (hecho de mucha relevancia para el mexicano, ya que modificó la calidad migratoria convirtiéndolo en un “ilegal” y obligándolo al método subrepticio de ingreso para no ser deportado). Sin embargo, la dinámica económica del suroeste estadounidense exigía mayores cantidades de trabajadores mexicanos. También los empresarios del noroeste y medio oeste se interesaron en el reclutamiento de los mexicanos y, entre 1920 y 1929, inmigraron legalmente cerca de 428 mil trabajadores (Durand, 2005).

Como se observa, fue un decenio de demanda y expulsión, respaldados por una política migratoria

que se adecuaba a las necesidades económicas. Entre los años de 1926 a 1930, se observó un incremento en la migración de mexicanos, debido en gran parte a la guerra cristera (1926-1929); al mismo tiempo, en 1928, se antepusieron argumentos de tipo racista (los mexicanos eran inferiores biológica y culturalmente) y laboral (ocupaban puestos sustituyendo a los trabajadores nativos, deprimían los salarios y la ganancia derivada de su empleo era a corto plazo) para restringir la inmigración de estos trabajadores. Para 1929 se inició una de las crisis más agudas que ha sufrido el sistema capitalista mundial. Así, la Gran depresión (que desató el pánico, el hambre, el desempleo y la conmoción (Steinbeck, 1965)) propició la deportación masiva más grande de mexicanos, en que medio millón tuvieron que volver a su país acusados de los males coyunturales de la economía estadounidense (Tamayo & Fernández, 1983).

Entre 1921 y 1930 habían migrado a Estados Unidos 4.1 millones de personas de todas las nacionalidades, mientras que para la década de 1930 el contingente bajó a solo 0.52 millones, de los cuales el 65% fueron europeos. Los migrantes mexicanos bajaron de 459 mil en la década de 1920 a solo 22 mil entre 1931-1940, es decir, tan solo migró 4% respecto al contingente anterior. Más que la baja en la inmigración, la Gran depresión empujó al gobierno de Estados Unidos a la repatriación de 345 mil mexicanos entre 1929-1932 -número que representaba el 47% de todos los mexicanos que habían inmigrado entre 1901 y 1930 (Verduzco, 2001). Pero a pesar de ello, el número estimado de la población mexicana en Estados Unidos para 1940 estaba entre 1.8 y 3 millones, mayoritariamente niños⁴. Considerando que la población total de México en 1940 fue de 20 millones (Meyer, 2010), esa cifra conservadora de medio millón de deportados⁵ representa el 2.5 % de la población. Y si se tomara como cifra los 3 millones de mexicanos que en ese año había en Estados Unidos, los deportados en esa etapa álgida representaron el 16.66 % de esa población. Ni en la actualidad de fuertes deportaciones se dan esos montos relativos.

La Segunda Guerra Mundial también significó para Estados Unidos múltiples transformaciones en el ámbito de sus decisiones en política internacional (González, 2003). La política migratoria fue parte de esta peculiaridad. Y se reflejó, ya que en la historia de la migración México-Estados Unidos el segundo momento importante estuvo determinado por la coyuntura de esta

⁴ La situación familiar, el arraigo que ya tenían en ese país, las relaciones con la comunidad y la familiaridad con la cultura dominante, así como la lucha que emprendieron por el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos estadounidenses fueron determinantes para que buena parte de la comunidad mexicana en Estados Unidos permaneciera en ese país. Así, los hijos de mexicanos nacidos en Estados Unidos, menores de 20 años, iban a la escuela, hablaban inglés y se oponían a regresar a México -entre otros motivos, porque no era su país y porque consideraban que su situación sería más grave (Alanís, 2007).

⁵ Para Balderrama y Rodríguez (2006), de Estados Unidos fueron deportados alrededor de 2 millones de personas (10% de la población total de México, algo más o menos equivalente a que se deportaran a los casi 12 millones migrantes que en Estados Unidos viven actualmente), de las cuales el 60% eran México-americanos ciudadanos o residentes legales. De ser cierta esta cifra, se diría que la migración de mexicanos a Estados Unidos logró mantenerse aun en peores condiciones que las actuales.

guerra. Estados Unidos nuevamente demandó una cantidad excesiva de trabajadores. Para septiembre de 1941, la agricultura, sector donde los salarios son más bajos tradicionalmente, había perdido 1 millón de éstos: ahora estaban en las zonas industriales del norte. Cuando el país del norte participó ya de manera abierta en la guerra, la necesidad de fuerza de trabajo mexicana se agudizó en el aumento de empleos agrícolas que dejaron vacantes los estadounidenses para dedicarse a la industria de defensa y enrolarse en las fuerzas armadas.

De nuevo los ojos se volvieron hacia México. Pero esta vez la cosa no estaba tan fácil: no era éste un buen momento en las relaciones bilaterales, y los mexicanos no olvidaban aún las deportaciones de los años treinta. Por eso fue que el gobierno estadounidense propuso al mexicano la firma de un convenio sobre importación de mano de obra (Morales, 1989).

El Convenio Bracero, firmado en 1942, fue el acuerdo mediante el cual México apoyaba a los aliados en la Segunda Guerra Mundial para cubrir con 50 mil trabajadores mexicanos los puestos dejados por los estadounidenses; con ello se atendía a las necesidades de mano de obra que tenía el vecino país, dejando establecido que los mexicanos no iban a sustituir a los trabajadores estadounidenses sino a llenar vacantes comprobadas.

Para 1954, el problema de inmigración ilegal fue percibida como algo muy serio, tanto que la patrulla fronteriza lanzó la *Operation Wetback* ("Operación espalda mojada") mandando de regreso a más de 1 millón de trabajadores que no estaban contratados. En cinco años, el número de aprehensiones bajó el número de mexicanos a menos de 50 mil en 1959 (un 95%). El fin de la guerra de Corea fue el pretexto; el argumento, la necesidad de recuperar puestos de trabajo para los soldados que habían regresado del frente. Pero al mismo tiempo, el escaso porcentaje de la población activa agrícola en las economías industrializadas les impedía tener una reserva de mano de obra necesaria para mantener el crecimiento industrial.

La finalización del Programa Bracero marca, como lo fueron las leyes migratorias de 1923 para los europeos, el término de la inmigración mexicana masiva legal. Termina un largo ciclo pero continúa otro: la inmigración indocumentada. Con ello se tiene que en total fueron casi 5 millones de trabajadores mexicanos contratados en los 22 años de los acuerdos sobre braceros, y también casi otros 5 millones de mexicanos aprehendidos y expulsados de Estados Unidos por carecer de documentos (Borjas & Katz, 2005; González, 2003). Para Jorge

Durand (Durand, 2007), por su dimensión y duración, el Programa Bracero es probablemente el ejemplo más significativo que existe de los Programas de trabajadores temporales a nivel mundial.

A partir de la década de 1960, las cifras de inmigración a Estados Unidos crecieron significativamente en comparación con los decenios anteriores, ya que el número de inmigrantes de todas las nacionalidades entre 1961 y 1980 fue de 7.8 millones (o el equivalente a 221% de aumento en relación con el número de inmigrantes entre 1941 y 1960). La proporción de mexicanos inmigrantes entre 1961 y 1980 fue de 14%, mientras que en los años 1941-1960 había sido del 10% (Verduzco, 2001).

Con lo previo, se tiene que de 1960 a 1980 tanto la migración legal como indocumentada de mexicanos a la Unión Americana creció. Las aprehensiones en la frontera se incrementaron un 14% por año y el aumento de la migración legal fue de 32 mil en 1960 a más de 100 mil en 1981. En total, desde que finalizó el Programa Bracero hasta 1985, alrededor de 1.4 millones de mexicanos fueron admitidos en Estados Unidos legalmente y al menos 1.5 millones más entraron sin documentos. Para los años sesenta, se considera (y con razón) que la experiencia migratoria era un fenómeno muy tradicional, especialmente en las zonas rurales de los estados del occidente y del norte del país. Las investigaciones antropológicas y sociales dan cuenta de este enrolamiento de una cantidad considerable de fuerza de trabajo rural en México, que -ya fuera a través del Programa Bracero o como indocumentados- había tenido alguna experiencia migratoria a lo largo de tantos años de migración. De esta forma, las redes sociales así como la cultura migrante se fueron extendiendo y consolidando comunidades transnacionales de mexicanos en Estados Unidos. Entre 1900 y 1970, la población de origen hispano (mayormente mexicano) pasó de 0.9% del total de habitantes en Estados Unidos a 5.23% (Durand, Massey & Zenteno, 2003).

La migración mexicana a Estados Unidos empezó a ascender marcadamente desde 1971, siendo el año de 1979 en el que se rebasó 1 millón de trabajadores aprehendidos en este nuevo periodo de gran migración; desde entonces, las redadas de la "migra" han rebasado el millón por año.

En 1986, en Estados Unidos Reagan firmó la Ley Simpson-Rodino, que fue aprobada por el Congreso un mes antes. El Acta de Control y Reforma a la Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés), mejor conocida como Ley Simpson-Rodino, no pretendía en realidad

evitar la entrada de trabajadores mexicanos, sino que intentaba ejercer un mayor control sobre los indocumentados de todas las nacionalidades que se encontraban en Estados Unidos -así como limitar el número de ellos de origen hispano. Con la Ley del IRCA se inaugura una nueva era de la migración México-Estados Unidos (Durand, Massey & Parrado, 1999): se admitió a 1.2 millones de mexicanos y se legalizó la entrada de otro millón de trabajadores agrícolas especiales (*Special Agricultural Workers*, SAW). Como ya se ha analizado anteriormente, en estos años la migración al “norte” manifestó una vitalidad inédita, que se vio frenada momentáneamente por la coyuntura de crisis económica, el mayor reforzamiento en la contención fronteriza, las leyes antiinmigrantes en varios estados de aquel país y las deportaciones de miles de mexicanos. Pero el humo que enceguece a muchos contemporáneos tal parece que empieza a disiparse, las cifras oficiales del aumento en migración y remesas dan luz a la reflexión en el cuadrante de la larga duración.

CONCLUSIONES

Con este breve recorrido histórico de la migración mexicana a Estados Unidos -que ya es centenario-, se ve que es muy probable que sea el flujo migratorio contemporáneo con más antigüedad en el ámbito mundial. Tradición e historia migratoria -tal como se vió- se han forjado a razón de múltiples circunstancias tanto de carácter macro, como meso y microestructural que han estado presentes de manera concatenada y han dado cuerpo a un fenómeno centenario entre estos dos países: la vecindad geográfica, las relaciones neocoloniales, la dependencia estructural de ambos países por la movilización continua, los periódicos ciclos de auge y crisis, las políticas migratorias de estímulo y contención, la asimetría económica que hace que los factores de atracción/expulsión tomen cuerpo, la industria de la migración (desde los antiguos enganchadores, pasando por el coyotaje y todos los agentes que en ella intervienen), la cultura y agencia migrante, las redes sociales y las comunidades migrantes que dan un fuerte capital de destino. No es posible entender las nuevas modalidades que ha adquirido la migración contemporánea sin este repaso histórico.

Los flujos migratorios no son autónomos sino que responden a condiciones internas y externas de los países de origen y destino, así como al contexto global en el que se encuentran ubicados. A pesar de que la migración México-Estados Unidos es centenaria y de larga data, en las últimas décadas se han dado visos de cambios sustantivos que son producto tanto de la acumulación de tendencias pretéritas, como de consecuencias de fenómenos estructurales de más corto

plazo. Es decir, los nuevos patrones migratorios deberían entenderse, como sugieren Ariza y Portes, bajo la noción de “cambios dentro de la continuidad”. Ello significa que se trata de una serie de transformaciones que conservan canales de vínculo con los patrones históricos, en lugar de una radical ruptura.

La masificación de la migración de mexicanos a Estados Unidos en los últimos años se debió a la dependencia estructural de la mano de obra inmigrante, el proceso de legalización de la IRCA (Ley Simpson-Rodino), a salarios más altos, más alternativas laborales y a transformaciones en la estructura económica que provocaron una franca expansión de los sectores de servicios y manufacturas, envejecimiento demográfico, segmentación laboral, comunidades transnacionales y redes sociales como factores de atracción en Estados Unidos. Mientras que condiciones económicas adversas como las siguientes son elementos de expulsión del lado mexicano: falta de oportunidades laborales, desempleo en el campo y las ciudades, bajos ingresos, procesos de reestructuración económica (Tratado de Libre Comercio -TLC- y neoliberalismo que se tradujeron en un incremento de los desequilibrios y disparidades en el interior de México y del país respecto a Estados Unidos), precariedad económica en las comunidades rurales, elevado crecimiento de la población en edad laboral, redes migrantes, cultura migratoria, innovación en las tecnologías, progreso en los transportes, fortalecimiento de los imaginarios y la socialización migrante, la dependencia de las remesas y la industria de la migración (agentes, instituciones). Sin perder de vista que en este nuevo contexto existe una serie de actores vinculados a los flujos migratorios: las corporaciones multinacionales, los gobiernos, las organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional que estimula y apoya la aplicación de políticas económicas que generan migración y los acuerdos de libre comercio que refuerzan los flujos de capital, servicios, información y mano de obra.

Estos elementos han conformado la más grande diáspora del mundo. Y eso que la crisis económica ha recrudecido la estrategia de control migratorio a lo largo de la frontera, ha exacerbado el sentimiento xenofóbico y en varios estados se han establecido leyes antiinmigrantes y la subsecuente secuela de deportaciones. Nada nuevo. En la historia de la migración entre ambas naciones se ve que esto ha sido cíclico, razón por la que se está convencido que la migración de mexicanos a “la gabacho” se mantendrá en las próximas décadas. Este fenómeno de la larga duración trae consigo estructuras de dimensiones de largo aliento que han conformado un grupo muy nutrido en Estados Unidos con la nada despreciable cantidad de 31 millones (11.9 millones nacidos en México y 21.2 millones

—de primera y segunda generación— nacidos en Estados Unidos), colocando a México como el país con mayor inmigración en Estados Unidos (alrededor del 30% de la población inmigrante). Dichas estructuras seguirán dando vida a este fenómeno puesto que se mantendrán vigentes las asimetrías de poder entre ambos países, los diferenciales salariales, la dependencia económica, la persistencia de Estados Unidos como potencia económica mundial, la vecindad geográfica, los ciclos de auge económico y la subsecuente política de apertura migrante, la industria de la migración (medios de comunicación, agentes, asociaciones religiosas y civiles, empresas que apoyan e impulsan el fenómeno), las redes sociales, comunidades transnacionales, clubes de migrantes, la agencia y tradición migratoria (estructuras simbólicas, de mentalidad, rituales, psicología de la migración, etcétera) y las condiciones demográficas,⁶ de medio ambiente y climáticas.

Más allá de eventos de coyuntura, es fácil observar las estructuras de larga data. Motivo por el que no se debe subirnarnos al ‘tren triunfalista’ (o fatalista) de los que piensan que la migración al “norte” ya está por “colgar los tenis” (en vías de perecer).

REFERENCIAS

- Alanís, F. S. (2007). *Que se queden allá. El gobierno de México y la repatriación de mexicanos en Estados Unidos (1934-1940)*. México: El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de San Luis.
- Alba, F. (2001). *Las migraciones internacionales*. México: CONACULTA.
- Albo, A. & Ordaz J. L. (2011). *Migración mexicana altamente calificada en EEUU y transferencia de México a Estados Unidos a través del gasto en la educación de los migrantes* (Documento de Trabajo). México: BBVA/Research.
- Ariza, M. & Portes, A. (2007). *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Arizpe, L. (2007). Migración mexicana, interacción cultural. En E. Cabrera (comp.), *Desafíos de la migración. Saldos de la relación México-Estados Unidos* (pp. 89-108). México: Editorial Planeta.
- Ávila, J. L. (2006). *La era neoliberal*. México: UNAM, OCEANO.
- Balderrama, F. & Rodríguez, R. (2006). *Decade of Betrayal: Mexican Repatriation in the 1930*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- BBVA/Research. (2012). *Análisis Económico. Flash Migración México*. Recuperado el 18 de abril de 2012 de http://www.bbva.com/mult/120625_FlashMigracionMexico_13_tem346-335641.pdf?ts=2662012
- Borjas, G. J. & Katz, L. F. (2005). *The Evolution of the Mexican-Born Workforce in the United States*. Working paper 11281. Recuperado el 15 de marzo de 2012 de <http://www.nber.org/papers/w11281>
- Braudel, F. (1999). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Brissaud, I. & Chaline, J. (2012). Fractalité et histoire migratoire d’ Homo Sapiens. *L’Anthropologie*, 116(X), 87-97.
- Burke, P. (1996). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. España: Gedisa.
- Burke, P. (2000). *Historia y teoría social*. México: Instituto Mora.
- Castles, S. (2006). Factores que hacen y deshacen las políticas migratorias. En A. Portes & J. DeWind (coord.), *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas* (pp. 33-66). México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Castles, S. & Miller, M. J. (2004). *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Cebula, R. & Clark J. R. (2011). Migration, Economic Freedom, and Personal Freedom: An Empirical Analysis. *The Journal of Private Enterprise*, 27(1), 43-62.
- Cervantes, J. A. (2011). *Remesas familiares y migración a Estados Unidos* (Documento de trabajo). México: Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO). (2010). *Índices de Intensidad Migratoria México-Estados Unidos*. Recuperado el 23 de marzo de 2012 de http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/intensidad_migratoria/texto/Migracion_Mex_EU.pdf
- Delgado, R. & Márquez, H. (2007). El sistema migratorio México-Estados Unidos: dilemas de la integración regional, el desarrollo y la migración. En S. Castles & R. Delgado Wise (coord.), *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur* (pp. 125-153). México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Dosse, F. (1988). *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*. España: Edicions Alfons El Magnanim.
- Durand, J. (2000). Tres premisas para entender y explicar la migración México-Estados Unidos. *Relaciones*, XX(83), 19-35.
- Durand, J. (2005). De traidores a héroes. Políticas emigratorias en un contexto de asimetría de poder. En R. Delgado Wise & B. Kneer (coord.), *Contribuciones al análisis de la migración internacional y el desarrollo regional en México* (pp. 15-38). México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Durand, J. (2007a). Origen y destino de una migración centenaria. En M. Ariza y A. Portes (coord.), *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (pp. 55-81). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Durand, J. (2007b). El Programa Bracero (1942-1964). Un balance crítico. *Migración y Desarrollo* 9(9), 27-43.
- Durand, J. & Arias, P. (2005). *La vida en el norte. Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*. México: El Colegio de San Luis, Universidad de Guadalajara.

⁶ En Estados Unidos, la población nativa ha tendido a envejecer. Según estimaciones oficiales de aquel país, la población total de 60 años y más pasará de 18% en la actualidad a cerca del 25% para el año 2030, lo que equivaldría a más de 92 millones de personas. En esta dinámica poblacional, los migrantes contribuyen (a través de su aporte en la población productiva y mediante su contribución en la natalidad) a rejuvenecer la población de Estados Unidos —de donde destaca la aportación de los migrantes mexicanos. Por otra parte, también se estima que en el año 2011 había 52 millones (16.7% de la población total de Estados Unidos) de latinos en ese país. Las proyecciones para el año 2030 son de 85.9 millones (23.0%) y en año 2050 se cree habrá 132 millones de latinos en el vecino país del norte, que representará el 30.2% del total de su población (BBVA Research, 2012; US Bureau of Census, 2011).

- Durand, J., Massey, D. & Parrado, E. A. (1999). The New Era of Mexican Migration to the United States. *The Journal of American History*, 86(2), 518-536.
- Durand, J., Massey, D. & Zenteno, R. M. (2003). Mexican Immigration to the United States: Continuities and Changes. *Latin American Research Review*, 36(1), 107-127.
- Escobar, C. (2007). Migración y derechos ciudadanos. El caso mexicano. En M. Ariza & A. Portes (coord.), *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (pp. 231-274). México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Faist, T. & Gerdes, J. (2006). La doble ciudadanía como un proceso dependiente de la trayectoria. En A. Portes & J. DeWind (coord.), *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas* (pp.97-129). México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Fonseca, O. & Moreno, L. (1984). *Jaripo, pueblo de emigrantes*. Jiquilpan: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" A. C.
- González, C. (2003). La política exterior norteamericana en el siglo XX. En P. Pozzi & F. Nigra (comp.), *Huellas imperiales. Historia de los Estados Unidos de América. De la crisis de acumulación a la globalización capitalista 1929-2000* (pp. 279-297). Argentina: Ediciones Imago Mundi.
- Gutmann, M. P., McCaa, R., Gutiérrez Montes, R. & Gratton, B. (2000). Los efectos demográficos de la Revolución Mexicana en Estados Unidos. *Historia Mexicana*, 50(001), 145-165.
- Herrera, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. México: Siglo XXI Editores.
- Hirschman, C. (2005). Immigration and the American Century. *Demography*, 42(4), 595-620.
- Homeland Security. (2011). *U.S. Naturalizations: 2011*. Recuperado el el 20 de marzo de 2013 de http://www.dhs.gov/xlibrary/assets/statistics/publications/natz_fr_2011.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2012). *INEGI*. Recuperado el 15 de abril de 2012 de <http://www.inegi.org.mx>
- International Organization for Migration (IOM). (2012). *International Organization for Migration*. Recuperado el 5 de mayo de 2012 de <http://www.iom.int/jahia/jahia/factors-and-figures/lang/es>
- Jones, A. (1996). *Historia de Estados Unidos 1607-1992*. España: Cátedra.
- Le Goff, J. (1997). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. España: Paidós.
- Lemus, E. (1992). *Ausente en Indias*. España: Ediciones Siruela.
- Lowenthal, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Editorial Akal.
- McLeman, R. (2011). *Climate change, migration and critical international security considerations*. Suiza: IOM International Organization for Migration, Migration Research Series.
- Menard, R. (1993). Whatever Happened to Early American Population History? *The William and Mary Quarterly*, 50(2), 356-366.
- Meyer, J. (2010). México entre 1934 y 1988. En G. Von Wobeser (coord.), *Historia de México* (pp. 249-259). México: SEP, FCE.
- Morales, P. (1989). *Indocumentados mexicanos. Causas y razones de la migración laboral*. México: Grijalbo.
- Moyano, A. (2006). El mundo colonial inglés en Norteamérica (1607-1763). En A. Moyano Pahissa, J. Velasco & A. R. Suárez Argüello (coord.), *EUA. Síntesis de su historia I* (pp. 17-166). México: Instituto Mora.
- Pew Hispanic Center. (2012). *Pew Hispanic Center*. Recuperado el 12 de abril de 2012 de <http://www.pewhispanic.org>
- Roberts, B. & Hamilton, E. (2007). La nueva geografía de la emigración: zonas emergentes de atracción y expulsión, continuidad y cambio. En M. Ariza & A. Portes (coord.), *El país transnacional migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (pp. 83-118). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Rystad, G. (1992). Immigration History and the Future of International Migration. *International Migration Review*, 26(4), 1168-1199.
- Schultz, S. (2011). *Unaccompanied Children on the Move*. Suiza: International Organization for Migration.
- Steinbeck, J. (1965). Manual de introducción a los treinta. *La cultura en México de Siempre* 168, VI-VIII.
- Suárez, A. R. (2006). Consolidación y guerra civil (1828-1865). En A. Moyano Pahissa, J. Velasco & A. R. Suárez Argüello (coord.), *EUA. Síntesis de su historia I* (pp. 307-498). México: Instituto Mora.
- Tamayo, J. & Fernández, J. L. (1983). *Zonas fronterizas (México-Estados Unidos)*. México: CIDE.
- US Bureau of Census. (2011). *US Bureau of Census*. Recuperado el 12 de abril de 2012 de <http://www.census.gov/newsroom/cspan/hispanic/index.html>
- Verduzco, G. (2001). La migración mexicana a Estados Unidos: estructuración de una selectividad histórica. En R. Tuirán (coord.), *Migración México-Estados Unidos: continuidad y cambio* (pp. 12-32). México: CONAPO.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York: Academic Press.
- Walsham, M. (2010). *Assessing the Evidence: Environment, Climate Change and Migration in Bangladesh*. Bangladesh: International Organization for Migration (IOM).
- Zenteno, R. (2007). Pobreza, marginación y migración mexicana a Estados Unidos. En A. Escobar Latapí (coord.), *Pobreza y migración internacional* (pp. 85-130). México: CIESAS.
- Zúñiga, E. & Leite, P. (2006). Los procesos contemporáneos de la migración México-Estados Unidos: una perspectiva regional. En E. Zúñiga Herrera (coord.), *Migración México-Estados Unidos. Implicaciones y retos para ambos países* (pp. 49-82). México: U de G-CIESAS, Casa Juan Pablos, El Colegio de México.